

---

# Masculinidad-feminidad.

## Una relación vincular

Reinel Ustariz Castillo

Psicólogo

Diffícil ha sido siempre la tarea de observarse y analizarse a sí mismo. Quizás por eso el hombre observó y analizó el mundo externo antes de invertir la mirada, y no fue hasta hace muy poco que se comenzaron a estudiar temas como género, violencia, masculinidad, feminidad y respeto a la diversidad.

Miles de años y cientos de generaciones han construido formas de interacción que promueven estilos de comportamiento propios para hombres y para mujeres, y establecen diferencias cruciales que han provocado daños en el orden físico, psicológico y social, evidentes en las mujeres, básicamente. Ya nadie niega que la sociedad patriarcal donde impera un hombre hegemónico y poderoso en todos los ámbitos, haya maltratado, minimizado, humillado y excluido a la mujer, relegándola al espacio doméstico, a lo afectivo, al cuidado de la familia.

Voces de reclamo por la equidad y por un mero orden de relaciones en el que impere el respeto a la diversidad y a la no violencia se han alzado y siguen apareciendo constantemente. Válido e histórico es el reclamo, pero, a pesar de los muchos años transcurridos, aún sigue siendo una batalla por librar.

¿En qué ha fallado una demanda tan lícita y acertada? ¿Acaso es esa construcción de hombre hegemónico tan inquebrantable de la cual los hombres no quieren desprenderse a pesar de sus grandes pesares?

Definitivamente, no. Es una construcción cuyo proceso no pasa por la voluntad y la conciencia crítica de hombres y mujeres, y esto es parte del problema.

Partamos del hecho de que la masculinidad y la feminidad, con sus asignaciones y roles, son construcciones histórico-sociales que nacen, se edifican y se perpetúan en la interacción entre hombres y mujeres. Cada uno genera, asigna, deposita, estimula, desaprueba y espera determinados comportamientos y actitudes del otro, por tanto es desde el vínculo que deben ser transformadas la masculinidad y la feminidad. Resulta utópico pretender una masculinidad auténtica, desprejuiciada, empática, comprensiva y emocionalmente intensa, mientras no se transformen las expectativas y las concepciones que tienen las féminas acerca de la masculinidad.

Por otra parte, muchas féminas siguen eligiendo como pareja a hombres fuertes, capaces, luchadores, audaces, seguros y orientadores, que les sirvan de guía y protección, lo cual favorecerá que continúe el culto a la fuerza y la imposición, y que en nuestra sociedad se perpetúe continuamente el prototipo de hombre hegemónico. Exigir cambios para el comportamiento masculino es lícito, pero sería provechoso preguntarse: ¿Cuánto están dispuestas a cambiar también las mujeres acerca de la representación de la masculinidad del hombre?

Permítannos realmente, y no solo desde el deseo, cumplir sus expectativas. De lo contrario, irremediablemente seguiremos cargando este peso de dualidades y seguirá la dominación y hegemonía como mecanismo de defensa ante la neurosis provocada por el conflicto entre lo que desean y lo que aceptan. ■

---